

UN MIRADOR ABIERTO PARA RAFAEL ALBERTI

JERÓNIMO-PABLO GONZÁLEZ MARTÍN

En esta antigua Anticoli Corrado en la campiña de la capital del mundo, erguida a quinientos metros sobre el mar, a sus pies la ribera del Aniene romano, con sus empinadas calles de escalinatas, sus escondidos —en inverosímiles recodos y laberintos— habitantes, pacientemente, en las primeras horas de cada día, continúa su obra Rafael Alberti. Las casas colgadas sobre el valle, en este día de viento, nos recuerdan aquellos versos suyos de **Abierto a todas horas** (1964), “El Mirador de Mira-al-río”,

MIRADOR: tú me ofreces,
abierto a todas horas,
el eterno espectáculo de las transformaciones.

Estos versos, escritos entre 1960 y 1963, se nos aparecen como descripción, a la vez bella y concreta, de la poesía de este poeta andaluz que vive en tierras extranjeras —primero Francia, luego Buenos Aires, ahora Roma y Anticoli— desde los últimos días de nuestra guerra civil.

¿No es Rafael Alberti ese mirador abierto siempre a todas, incluso las más sorprendentes, transformaciones? Si observamos atentamente su obra poética que, desde 1921, fecha de sus primeros versos, hasta el presente libro que sobre Pablo Picasso prepara, veremos como el poeta del Puerto abre su **mirador**, primero a aquello que está delante de su niñez y adolescencia: el mar, las salinas constantes, las marejadas. En definitiva:

Gimiendo por ver el mar,
un marinerito en tierra
iza al aire este lamento:
¡Ay mi blusa marinera!
Siempre me la inflaba el viento
al divisar la escollera.

En 1925, José Bergamín, recién vuelto hace unos días, por segunda vez, a Madrid, esperemos que esta vez por más tiempo que la primera, escribía refiriéndose a las cancioncillas que Alberti había reunido y guardado en San Rafael, Aranda de Duero, Gumiel de Hizan, Gumiel del Mercado, Sotillo de la Ribera, La Horra, Roa de Duero, La Vid de Aranda, Peñaranda, Clunia, Huerta del Rey, Salas de los Infantes, Quintanar de la Sierra, Canicosa, Santo Domingo de Silos, Covarrubias, Lerma, Burgos, Villarcayo, Peñahorada, Valdivielso, Medina de Pomar, Santander, Limpias, Laredo, Castro Urdiales, Portugalete, Santurce, Sestao, Bilbao, Peña de Orduña, Miranda, Pancorbo, Belorado, Montes de Oca, Pradoluengo, Madrigalejo... ¡qué nombres, qué pueblos!, Bergamín atestiguaba: “Cuando decía sus cancioncillas, poniéndose la mano ante la boca como una bocina para pregonarlas, todo se llenaba de alegría, de la alegría del pregón matutino: una alegría frutal, verde y fresca; alegría de mercado, de feria y banderola; la alegría del cielo radiante en el que se dispara un clarín falso; la alegría de su risa, juvenil y humana, derramándose claramente de todo y llenándolo todo, en su locura, como si se hubiese roto su cañería conductora y no tuviésemos a mano ninguna consigna mágica para evitarlo”.

¡Qué mejor definición de aquella alegre **ventana** que era Alberti en los años preparatorios del 27, ese año tan importante para tantos; el año que recuerda en **La arboleda perdida** como “variado, fecundo, feliz, divertido, contradictorio”. Ese año, es nuestro parecer, oscurecerá, ambientándolos históricamente, a aquellos **siete literatos madrileños de vanguardia**, como los llamó **El Sol**, o sea Bergamín, Juan Chabás, Dámaso Alonso, Jorge Guillén, Gerardo Diego, Federico García Lorca y Rafael Alberti. En ese año, y fijándose en las oscuridades gongorinas, aprenderá el poeta, observará el poeta, desde su mirador, una transformación de la lengua y de la poesía que lo lleva directamente a esos ángeles, dedicados a Jorge Guillén, y encabezados por la tremenda cita becqueriana... **huésped de las tinieblas**... que llevarán el título de **Sobre los ángeles**. Estos ángeles observarán otros mundos, dislocados mundos:

Sin sol, vientos antiguos,
inertes, en las leguas.

o aquellos otros de los que nos habla en “Deshaucio”:

Ángeles malos o buenos,
que no sé,
te arrojaron de mi alma.

Sola,
sin muebles y sin alcobas,
deshabitada.

De rondón, el viento hiere
las paredes,
las más finas, vítreas láminas.

Humedad. Cadenas. Gritos.
Ráfagas.

Te pregunto:
¿Cuándo abandonas la casa,
dime,
que ángeles malos, crueles,
quieren de nuevo alquilarla?

Aunque no haya duda de que la huella de Juan Ramón era aún palpable en esos poemas, el punto de vista de Alberti sobre la poesía cambia radicalmente en estos versos. Hasta 1950, veintidós años después de la publicación de **Sobre los ángeles**, el poeta abre siempre su espíritu observador, abre las ventanas de su mirador, con cuidado, sin miedo a la luz, pero con un cuidado lejano de aquellas orillas gaditanas y tardes frente a la Real Academia. No podía ser por menos, la preguerra española, la situación general de la Europa de los años treinta, no permitían indecisiones. Las dos guerras, la española y la mundial, vinieron a demostrarlo. El poeta civil Alberti saldrá entonces al balcón y al tablado, allí donde le llamen, a gritar su poesía, a desgarrarse la garganta con su palabra.

Luego, llegará lo sabido, la marcha, el exilio. La primera parte de éste le verá observar, hombro con hombro, al lado de María Teresa y Pablo Neruda, desde una casa sobre el Sena (Quai d'Horloge) la vida de un poeta excombatiente que, en la soledad y la tristeza, trabaja para ganarse el pan en Radio París-Mondiale. Más tarde, la salida de Francia aquel diez de febrero de 1940 en el **Mendoza** "completamente a oscuras y sobre una mar infestada de submarinos..."

Y aquí se abre una terraza alargada, las más veces puntiaguda, cruel que se llamará **recuerdo de España**. Se situará en **El Totoral**, en 1940; en **La Gallarda**, desde el 44, y esa constante no le impedirá, como dice el poeta, ver: "Nuevas tierras, nuevos pueblos, nuevos amigos ¡Oh maravilla! Desde hace más de veinte años, aquí, sobre la piel inmensa de este conti-

nente, vivo muriendo por España...” Sitios extraños, lejanos, a quienes recibe el poeta en su humanidad dilatada. Lugares que recogerá con calor en sus versos: **Pleamar** (1942-1944), **A la pintura** (1945-1952), **Poemas de Punta del Este** (1945-1956), **Retornos de lo vivo lejano** (1948-1956), **Bucnos Aires en tinta china** (1950), **Ora marítima** (1953), **Baladas y canciones del Paraná** (1953-1954). Son poemas en los que se observa amor y comprensión por los lugares que la vida le depara vivir. No por ello hay olvido alguno de España. Podríamos decir que cada uno de los lugares tensa una cuerda del recuerdo donde nace el poema.

Más tarde, y en Europa otra vez, concretamente en Roma, más cerca de su nostalgia, de su gran amor, el poeta se reconforta en su poesía pasada, en el hecho de que son más de treinta los años de la separación vital. Y otra vez, la persiana de su mirador, esta vez con idéntica frescura que en sus primeros libros, nos da ese genial conjunto de versos que con el nombre de **Roma, peligro para caminantes**, publicó en Joaquín Mortiz (Méjico) en 1969. Una Roma grotesca, clásica, comprendida y admirada, lejos —aunque uno de sus ríos sea el mismo, el Anienne— de la paz y la niebla sobre el valle de esta Anticoli donde acompañamos, junto a su mirador sobre Orícola, a este gran poeta español.

Anticoli Corrado, julio 1970.

